

se forman de las exhalaciones de cuerpos muertos y del sudor humano, y que anuncian los acontecimientos que van á realizarse, y que la razón suficiente de la aurora boreal se toma de las exhalaciones de nitro, las de azufre, las mezcladas de betún y algunas otras lindezas.

En seguida me preparé á tomar el grado de bachiller. Mi padre, valiéndose de no sé qué medios, me envió los necesarios para dar la *gala* á los señores catedráticos. Un profesor, tomando pie de mi apodo, me dió un buen bromazo, é hizo reir grandemente á la concurrencia, que por unanimidad declaró no haber oído muchos años hacía, un *vejamen* tan gracioso y salado. Al fin, un doctor viejecito, cuya cabeza casi se perdía entre la borla y el cuello, me declaró competente para subir á la cátedra é interpretar á Aristóteles, y bachiller corriente y moliente.



CAPÍTULO VI

La metamorfosis de Trini, el pronunciamiento de Blancarte y mi viaje á la hacienda

Si escribiera una novela, quizás encontraría modo de evitar la relación de lo que va á leerse, y daría como causa de los trastornos que me acontecieron la enemiga de algún poderoso, que envidiando mis altas y soberanas prendas, había determinado causarme daño; el celo que tenía que producir en el gobierno ó en el clero, la noticia de que apuntaba un astro que podía con sus fulgores obscurecer los astros que estaban revolucionando, ó cualquiera de tantas patochadas como podían ocurrírseme. Nada de esto hubo, y quien lea esta verídica historia, se convencerá de que todo fué tan común y corriente como que salga el sol ó que llegue la noche.

En fines de Julio del cincuenta y dos, llegué á mi casa después del triunfo obtenido en mis estudios, triunfo que en mi parecer me equiparaba con lo más alto del mundo.



Medía de arriba á abajo á cuantos me encontraba por la calle, y nadie había para mí más ruin, ni para poco, que los desgraciados que ignoraban la teoría de los indiscernibles ó las opiniones de Malebranche acerca del alma de los brutos. Era el pedazo de atún más completo y más sincero que podía existir en el mundo.

La noche de mi llegada, envuelto en mi capa y acompañado de mi padre, me encaminé á la casa del mayorazgo Torres Lares.

—Nobleza obliga, decía mi padre, y ya que des-

cansaste unas horas, justo es que vayas á saludar á tus padrinos, que precisamente acaban de mandar recado á ver si llegaste con salud. Bueno es también que los consueles por lo que respecta á sus niños, esos angelones de Dios que yo desearía ver convertidos en unos sabios mayores que el Tostado. Dórales la píldora y hazles creer que aunque Pedrito tiene un talentazo macho que no le cabe en el cráneo, guarda más disposiciones para la agricultura, y que á *Chencho*, si bien le *estiran* los estudios, en asuntos de comercio sería un águila que pronto daría que decir en mil leguas en rededor.

Estaba abierto el cancel, que cuidaba un mozo de calzonería de cuero, sombrero de palma y pañuelo atado á la cabeza. Nos saludó con amabilidad cariñosa, y aunque á mí me llamó niño y me dijo de usted, contra lo que había acostumbrado siempre, no me extrañó ni lo tomé á mal. ¿Qué menos podía hacerse en pro de un bachiller que llegaba nuevo como un medio chinito y altivo como un potro recién hecho á la rienda?

Nos detuvimos á la puerta del comedor, donde acababa de rezar el *benedicite* el padre Luna, y cuando todos salían, nosotros les interrumpimos el paso, yo besando la mano de mis padrinos y de mi maestro, mi padre quitándose urbanamente el sombrero que había conservado puesto á causa del relente y la humedad.

Allí fueron los abrazos, las felicitaciones, las preguntas

por los chicos y el pedir noticias de las seguridades de que se podía gozar en el camino. A todo contesté lo mejor que supe; pero entretanto y habiendo llegado á la sala, entramos á ella previos las fastidiosas ceremonias de «pase usted», «después de usted», «no, señor, de ninguna manera», que se hicieron los viejos, pues á mí, como era claro, me dejaron para lo último.

Apenas nos habíamos sentado cuando el padre Luna me dijo:

— Y ¿qué dejas de nuevo por Guadalajara?

— Lo que dejo lo han de saber ustedes ya por los periódicos. Ese pronunciamiento que aconteció el día veintiséis y que tuvo por objeto derribar al moderado López-Portillo. Diga usted, un sujeto que había tenido la rareza de fundar un sistema de espionaje que llamaba la policía, y á cuyos individuos el público les decía *cucos*; un hombre que quería agobiar con contribuciones á Jalisco, mediante una ley de hacienda en que se determinaba que habían de pagar contribución hasta los señores del clero secular y regular y los militares...

— ¡Qué barbaridad, interrumpió el fraile; ese hombre debe tener la cabeza á pájaros!

— Y que trató de disolver la guardia nacional; y que se rehusó á dar tres mil pesos al valiente coronel Blancarte, que se los pidió para mejorar su tienda de sombrerería. Pero no fué á Roma por la respuesta; Blancarte,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
625 MONTERREY, MEXICO

que es un hombre de pelo en pecho, alto y fuerte como castillo, valiente como león y desenfadado como ninguno, se presentó el día veintiséis...

— Día de Santa Ana, acentuó don Crescencio.

— Se presentó el día veintiséis acompañado de tres ó cuatro amigos suyos, y pescozón por aquí, balazo por allá, puñalada por el otro lado, se apoderó del palacio y en él está después de haber expedido una proclama que es para chuparse los dedos.

— ¿Y el gobernador? dijo mi padre, ¿y el jefe de las armas?

— Pues el Gobernador, que se portó como un hombre, eso sí, empezó por querer resistir en el Carmen; pero viendo que nada podía hacer, se retiró á Zapotlanejo: por allí me encontré la impedimenta camino de Lagos. En cuanto al Jefe de las Armas, don Rafael Vázquez, si no está de acuerdo con los pronunciados tampoco los combate, pues ha dejado á Portillo sólo en unión de unos cuantos de los suyos, los coroneles Domingo Reyes y Victoriano Ordorica, su secretario, y muy pocos hombres de fuerzas del Estado.

— Esa venalidad, esa falta de respeto á los compromisos contraídos, ese aceptar componendas y tener arreglos con todo el que los propone, es el gran mal de nuestro ejército. Por eso hemos tenido tantas revoluciones, por eso los americanos nos han vencido tan fácilmente, y mien-



... y pescozón por aquí, balazo por allá...

tras en el pueblo había patriotismo, honor, dignidad y deseo del sacrificio, en el ejército no había sino infamia, vicios, picardía y desmoralización.

— Pero ¿cuándo dejará de ser usted soñador, mi querido Andrés? ¿Qué, no comprende que los militares, como todo el mundo, pueden tener sus preferencias y sus antipatías? ó, ¿por el hecho de ser militares no han de poder seguir más bandera que la de su regimiento?

— La del honor, la bandera del honor es la única que pueden seguir, dijo su merced.

— ¿Y qué color político tiene el pronunciamiento, Juanillo? dijo mi padrino.

— Parece, contesté, que se trata de liberales exaltados, pues quieren poner ó han puesto ya como gobernador á un Licenciado Dávila, hombre de mucho *coramvobis* y bien acreditado entre los puros.

— Pues es una idea mía, bah; pero nadie me quita de la cabeza, exclamó el padre, que aquí hay gato encerrado y que anda de por medio la mano de mi amigo el coronel don Juan Suárez y Navarro, cabeza visible del partido santanista y hombre de más *alilayas* de las que ustedes se figuran.

— Pero, qué, ¿no oye, padre, dijo el mío, que se trata de un pronunciamiento de puros?

— No sé, no sé, respondió Luna; pero eso se me ocurre.

— Y la verdad es, exclamó mi padrino, que si no es

así, por lo menos debía ser. El ilustre amigo, el desterrado de Kingston, me lo decía hace poco en carta suya que guardo: «mientras ese desgraciado país no llame á todos los hombres de arraigo, á todas las gentes honradas, á todos los buenos, no pasará de ser un pueblo en revolución constante, que inspirará compasión, lástima, simpatía; pero nunca respeto ni admiración».

— Y es tal, dijo el fraile, el desinterés de S. E., que mil veces me ha dicho: vea yo a mi patria dichosa, y muera en seguida.

— No hay que fiarse, señores, repuso mi padre; Santa Anna fué un pillo, y pillo ha de seguir siendo siempre...

— ¿Y las orillas del Pánuco?

— ¿Y Tampico?

— ¿Y las playas de Veracruz?

— ¿Y Puerto Velasco?

Aquí llegaban los discutidores cuando vi entrar por la puerta á Trini, de tal modo bella, que me pareció que la sala se iluminaba en uno de esos rompientes de gloria que rodean las figuras místicas. Desde ese momento no miré ni los cuadros de *Cortés y Doña Marina* con vidrios y marcos dorados, ni la fuerte alfombra de moqueta, ni las estatuillas de porcelana blanca y azul, ni las sillas y el sofá con asiento de cerda; sino á aquella niña delicada, exquisita, sutil; su cuerpo dotado de curvas nacientes, como hecho por manos de un estatuario para retratar á Venus